

Clarke Street 64

ANDREW HOLMES

Clarke Street 64

Traducción de Julia Osuna Aguilar



451.http://

Para Dylbot

PRÓLOGO

BEN SNAPE SE SEPARÓ DE SU PADRE EN EL ANDÉN DE LA ESTACIÓN DE metro de Finsbury Park la tarde del sábado 22 de febrero. Ese fue el día en que desapareció el pequeño Ben.

Ben, seis años; Patrick, su padre, treinta y seis. Habían ido a pasar el día a Londres, donde habían visitado la tienda del Arsenal contigua a la estación de Finsbury Park, y ahora estaban pensando en asistir al partido en Highbury. Los Gunners jugarían con los Hotspurs en lo que estaba llamado a ser un derby muy reñido y movidito (como lo es siempre). A pesar de la desaparición de Ben, el partido se jugó. El Arsenal ganó por 3 a 2. Ben llevaba unos vaqueros azules, un plumas azul marino y un gorro de lana recién comprado con el escudo del Arsenal Fútbol Club. En las manos llevaba unos guantes negros de punto y un álbum de futbolistas, como los de cromos Panini.

Sus últimos movimientos conocidos fueron registrados por las cámaras del circuito cerrado de televisión en una grabación a saltos que lleva ardiendo en la memoria colectiva desde entonces, tal y como lo hacen las imágenes estroboscópicas; porque el momento, la verdad, tartamudea.

Fue una cámara del CCT instalada en la explanada principal de la estación de Finsbury Park, por la zona de las máquinas de tiques, la que captó las primeras imágenes de Ben y de su padre. La cámara, una de las seis que cubrían la explanada (de las cuales dos estaban inoperativas aquel día), recogió a Ben y Patrick

a intervalos de dos segundos mientras entraban en la estación y se paraban ante la máquina de tiques para dirigirse luego hacia el túnel principal. De espaldas a la cámara, caminaban de la mano, aparentemente tranquilos y contentos, con el partido en mente. Al estar muy próximo el saque inicial, la explanada se veía abarrotada de hinchas del Arsenal, todos de rojo y blanco, todos estroboscópicos por el camino hacia el túnel.

Después de eso los captaron dos cámaras del túnel principal cuando caminaban hacia él y luego dentro. Como antes, parecían contentos y a gusto. Daba la impresión de que Ben —el pequeño Ben— le estaba enseñando algo a su padre en el álbum de futbolistas tipo Panini.

10

Su padre consultó el reloj. Empezaba a inquietarse por la hora, había que contar con una parada en boxes para que Ben fuese al baño, y luego una hamburguesa para cada uno, o quizá una para los dos, no era cuestión de chafarle el apetito. Si no aligeraban, pensó mirando de nuevo su reloj, la hamburguesa iba a tener que esperar al descanso y, en tal caso, media para cada uno y no más, si no luego Ben no iba a querer la merienda.

Una segunda cámara, instalada en dirección contraria a la primera, mostró sus espaldas al pasar por el último tramo del túnel (aquí ya más aprisa) y torcer para bajar por las escaleras que dan a la línea de Piccadilly, que, en una parada, los dejaría en la estación de Arsenal, antes conocida como Gillespie Road.

Ahora paso de nuevo a la primera cámara, la de la explanada principal. Mostraba a un grupo de diez jóvenes entrando en la estación. Acababan de salir del pub de enfrente, el Twelve Pins, y, dado que llevaban bebiendo desde el mediodía, estaban muy animados. A saltos estroboscópicos se apresuraron hacia el túnel. Conscientes también de que la hora del partido se acercaba, iban aprisa, contando ellos a su vez con su propia parada en boxes: baño (cuando llegasen al campo estarían a punto de reventar) más una última ronda antes de que empezase el partido. (Puedes comprar en el estadio, pero no te puedes subir la cerveza a las gradas y solo se vende antes del partido, ni durante ni des-

pués). Los diez jóvenes, la mayoría vestidos con camisetas y gorras del Arsenal de imitación, pasaron rápidamente por delante de las cámaras del túnel. Algunos llevaban las manos extendidas como las alas de un avión; iban con las bocas bien abiertas, tarareaban algo que resonaba por todo el túnel, como si hubiera cien de ellos en vez de solo diez.

Paso al andén. En él había numerosas cámaras, pero solo dos con un campo de visión relevante, y una de ellas no operativa. La otra captó a Ben y a Patrick mientras caminaban por el andén, que ya estaba medio lleno y congestionado, sobre todo alrededor de la zona de entrada.

Puede que aquí Ben estuviese un poco más nervioso, la multitud se espesaba. Al verse zarandeado por las piernas de imprudentes e impetuosos hinchas, apretó la mano de su padre. Patrick sintió cómo la pequeña mano enguantada se ponía rígida y le devolvió el apretón. No te preocupes, decía el apretón, tú mantente a mi lado y ya está, todo irá bien.

Se los puede ver todavía cogidos de la mano abriéndose camino hacia una zona menos concurrida del andén. Patrick miró su reloj, quería librar a Ben de los imbéciles que se quedaban en la entrada como zombis. Costó un poco, estratégicos empujoncitos por aquí y por allá, pero por fin se quedaron en un punto que estaba más apartado y menos congestionado, con algo de sitio al menos para respirar. En este punto se encontraban más cerca de la cámara y aparecen un tanto escorados a la izquierda, en la parte inferior de la imagen. «El tren va a efectuar su entrada», anunció el panel del andén, y Patrick avanzó con Ben, dispuesto a montarse en el metro que llegaba.

Detrás de ellos había un grupo de cuatro chicas, de entre quince y diecisiete años. El pequeño Ben las observaba desde abajo; estaban todas como histéricas por algo que había dicho una de ellas. Resultaba que había confundido la NASA con Ikea y eso les hizo troncharse de la risa. Siempre se estaba liando: pensaba que a los perritos calientes les echaban perros de verdad, creía que Cary Grant era una mujer. Ese tipo de cosas.

Ben las estaba observando y, cuando se dieron cuenta, empezaron a cuchichear sobre él un poco y eso. Al notar sus miradas, Ben se sintió bien de una forma que no llegaba a entender. Al notar sus miradas, Patrick se sintió bien de una forma que entendía a la perfección; quien haya establecido que el orgullo es un pecado es porque nunca se ha sentido como Patrick en ese momento.

12 Ahora la misma cámara muestra a los diez jóvenes borrachos haciendo su aparición en el andén, en la parte superior de la imagen, a una velocidad que pareció sobresaltar a los que se congregaban en la entrada. Los jóvenes se abrieron camino a empujones por el andén, hacia donde estaban Ben y Patrick, justo en el momento en que el metro entraba en la estación. Patrick parece estar agachándose para decirle algo a Ben.

—Tenemos que meternos en este como sea —le dijo—, así que, en cuanto se abran las puertas, date mucha prisa, pero sin soltarme la mano.

Ahora los jóvenes borrachos estaban al lado de la pareja, su avanzada se había detenido ante la visión de las cuatro chicas, con las que empezaron a bromear afablemente («Anda, capullo, largo», ese tipo de cosas), mientras que, a la vez, no dejaban de empujar para alcanzar las puertas del tren que estaba llegando. El metro se paró y los hinchas —unas cuatro filas desde el borde del andén— corrieron en dirección a las puertas, la multitud parecía tirante, como si se pusiera tensa. Las puertas se abrieron y, a cada lado, un buen puñado de hinchas alrededor, empujándose y apretujándose hacia delante. Desde el interior, los pasajeros que querían bajarse se abrieron camino a empujones mientras una avalancha de seguidores comenzaba a entrar en el metro. «Por favor, avancen por los vagones —rogó el altavoz de la estación—. Utilicen todo el espacio disponible».

Por lo que se ve, ahora parece haberse producido un pequeño altercado entre Patrick Snape y uno de los jóvenes. Enfadado por los empujones, y viendo que el cuerpecito de Ben desaparecía por momentos entre la maraña de piernas, Patrick se volvió

para reprender al joven. Como el hombre fuerte, miembro de un equipo de fútbol dominical y asiduo al gimnasio que era, no estaba dispuesto a dejarse intimidar por unos chavales con gorras de béisbol.

—Eh, cuidado —le increpó.

—Anda y vete a tomar por culo —fue la respuesta.

Y puede que después de todo la persona que estableció la historia esa del orgullo y el pecado tenga razón, porque Patrick no constató el tirón en la mano por parte de su hijo, que no tenía en mente ni la hora del partido ni la pausa para ir al baño, solo las puertas abiertas y a su padre diciéndole «Tenemos que meternos en este como sea. Date mucha prisa», eso y solamente eso. Pero Patrick, fuera de sí al ver que un joven al que doblaba la edad (no tanto, claro, el joven tenía diecinueve) lo había mandado a tomar por culo, no se iba a quedar con las ganas de decir la última palabra.

—Ya está bien, deja de empujar, y cuida ese lenguaje —le advirtió, e hizo acopio de toda la energía que pudo para girarse un poco y enderezarse, con lo que logró sobresalir entre los hinchas que se abalanzaban sobre el metro. Ni rastro de Ben en la imagen, oculto por los cuerpos que presionaban en dirección a las puertas.

—Vale, vale —concedió el joven levantando los brazos como cuando los futbolistas niegan una falta, y se largó detrás de sus colegas hacia otra puerta, por donde entró a codazos, las puertas entonces cerrándose y después volviendo a abrirse para que los últimos se colasen, las puertas volviendo a cerrarse y Patrick, circunspecto porque ahora tendrían que esperar al siguiente, y Patrick dándose cuenta a cámara lenta de que ya no tenía cogida la mano de su hijo.

Porque la grabación del CCT mostró —apenas— a Ben alejándose de su padre: un diminuto borrón. Un movimiento que, una vez ampliado, era poco más que una nube de tinta de periódico pasando por delante de otra. Con todo, era Ben, y cuando un círculo rodeó el movimiento durante la retransmisión

televisiva, se le podía ver claramente entrando en el vagón. Y hubo expertos que examinaron la cinta en busca de cualquier rastro de coacción, queriendo y no queriendo ver el blanco borroso de una mano indefinida sobre el plumas; pero no había nada. Al parecer el pequeño Ben, un Ben nervioso, se había soltado de la mano de su padre y había subido al metro por sus propios medios, girándose, y «Papá. ¡Corre!», mirando entre los cuerpos mientras papá terminaba de amonestar a los jóvenes y escrutaba a su alrededor en busca de su hijo sin lograr verlo; las puertas del vagón cerrándose ante Ben mientras la cabeza de su padre todavía oscilaba de un lado a otro, y la cámara estroboscópica no registrando los puntos intermedios pero sí los pronunciados perfiles izquierdo y derecho de su cabeza, la expresión apenas visible pero en cierto modo terroríficamente clara: ¿Dónde está Ben?

PRIMERA PARTE

EL SPEAKERS' CORNER

UNO

MAX NO ERA VIEJO. TENÍA TREINTA Y OCHO, LO QUE, A NO SER QUE tengas doce años o seas futbolista de primera, no es viejo para nada. Pero el caso es que él se sentía viejo. Se sentía como uno de treinta y ocho al que dos de veintisiete hubiesen agarrado por la espalda y apaleado. También cansado, de hecho agotado, con las mejillas levantadas por el viento y envasadas al vacío alrededor de una colilla, en un intento de extraer todo el cáncer del pitillo. Fumaba a pesar de que los cigarrillos ya no eran benignas y humeantes comas en el día: más bien eran morbosas tentativas menores de suicidio; un torpe arrastrar de pies hasta el filo de los acantilados de Beachy Head, un asomarse y decidir que quizá no sea hoy el día, mejor mañana.

En su bolsillo había una carta en la que se cuestionaba su contribución al mundo, y pensaba que la respuesta no valdría más que el papel donde se escribiese. En el otro bolsillo había una cuchilla, un cúter. Y podría deslizar esa cuchilla por una vena cualquiera, abrirla y ver cómo el coraje de sus convicciones embadurnaba la pared.

Pasó por delante de un niño que se entretenía en vaciar el contenido de sus bolsillos sobre la acera. Un niño gordo, con su carnosa y burda frente arrugada como si en el acto de tirar basura se estuviese rompiendo la cabeza o algo así. Max se figuró que podría o debería decirle algo, pero decidió que no porque lo más probable era que el niño lo mandase a tomar por culo. Y eso en el caso de

que no tuviese una navaja, o una panda de amiguetes que averiguaría dónde vivía Max y adoptaría un nuevo *hobby* llamado «Vamos a Destrozarle la Vida al Pavo Este». Así que no dijo nada, se limitó a pasar de largo mientras sobre la acera, a sus pies, llovían tiques de metro, envoltorios de chicle y un paquete vacío de B&H.

18 En Manor House cogió el metro y terminó mentalmente un juego de tres en raya que alguien (lo más probable, dos personas) había grabado en las paredes del vagón. Los círculos ganaban, a pesar de la dificultad de grabar un redondel en cualquiera que fuese el material del que estaba hecho el vagón, fibra de vidrio o algo por el estilo. Frente a él estaba sentada una chica con la piel más bonita que jamás había visto hasta la siguiente vez que viera a una chica de piel bonita, absorta en su estéreo personal. Si hubiese sido menos guapa, a Max le habría molestado el tiqui-piqui que escapaba de sus auriculares. Pero como era guapa, no le molestaba, y lo sabía y se sentía culpable pero también, por un momento, ligeramente menos viejo y menos gastado, y menos por la labor de dar el siguiente paso hacia su Beachy Head particular. La chica sonrió, pero no por él, sino por algo que había leído encima de su cabeza.

La siguiente era su parada, y cuando se levantó y se volvió para ver qué era lo que le había hecho sonreír, esperaba encontrar un poema o una cita promocionando un libro, algo por el estilo, vamos, algo profundo y bello, lo típico que haría sonreír a una chica de piel impecable. Pero nada de eso. Era una insinuación sexual para vender cerveza. Así que para cuando puso el pie en el andén de Wood Green, su corazón estaba salpicado de decepción, y volvió a sentirse como un viejo. No sé por qué le llamarán Wood Green, pensó mientras subía a la superficie. De verde tiene poco. Se tanteó los bolsillos en busca del tabaco y se encaminó hacia la casa de su hermana.

—Pero Max.

Las manos de Verity estaban congeladas a medio secar sobre su delantal (blanco, limpio, con el logo bordado de la revista *La*

Buena Ama de Casa). Se quedó mirándolo desconcertada, como si estuviese intentando calcular algo.

—Vienes temprano... —dijo por fin, mosqueada.

—Perdona, Ver.

Parecía exasperada.

—Pero... ¿por qué? A ver, no quiero parecer una borde, pero es que no sé dónde meterte hasta la cena. Verás, no es que no quiera que...

Se reconcomía en busca de las palabras adecuadas, y Max, entretanto, allí plantado, mirándola con las manos embutidas en los bolsillos del chaquetón. Por dentro podía sentir el cúter, el paquete de tabaco, el mechero, las llaves del piso, la carta. Siguió plantado allí observándola hasta que ella se dio por vencida al no encontrar las palabras adecuadas para reprobar su conducta poco ortodoxa, eso de aparecer unas tres horas antes de la hora convenida.

—Perdona, Ver. ¿Puedo pasar?

—Podrías haber llamado... —le estaba diciendo, y era verdad, ¿por qué no había llamado?

En cuanto entró en la casa de su hermana se dio cuenta del cambio en el barómetro que suponía su entrada. Su chaquetón olía a chucho fumador; sus zapatos habían conocido días mejores; sus vaqueros eran de ese negro que solían llevar los hombres de su edad: de esos que se supone disimulan las manchas.

Verity le sujetó la puerta como si hubiese venido el repartidor del carbón y él serpenteó desde la entrada hasta la cocina, donde arrastró una silla de madera por las baldosas y se sentó.

Su hermana entró tras él y se le quedó mirando desde arriba. Max tenía los ojos cansados, notó, negros círculos y bolsas inminentes al efecto de cualquier bolsita de té o rodaja de pepino. Se inclinó para besarle en la frente. Al sentir que la cara de él se apretaba como buscando calor, atrajo su cabeza hasta el delantal y la estrechó allí un instante.

—Max —le dijo soltándolo. Él se despegó y volvió al respaldo de la silla. Se enjugó un ojo—. Max, ¿cómo es que has venido tan pronto?

—Es que... Yo... Perdona, pero es que no me puedo quedar para cenar —le respondió apartando la mirada—. Tengo que trabajar por la noche. Lo siento.

Verity profirió unos sonidos que bien podrían haber sido la avanzadilla de una frase antes de cuajar:

—No me lo puedo creer. Venga, hombre, no me lo creo. ¿Qué trabajo ni qué trabajo? ¿Qué me estás contando?

—Es un trabajo de tasación. Me ha salido de un día para otro. —Se pasó una mano por el pelo.

—Pero... —Sus ojos recorrieron la cocina, toda la parafernalia pre-cena: rebosantes cuencos de barro con cucharas de palo brotando de ellos; botes de especias en una fila perfecta; un libro de cocina sobre un grueso atril de metal—. Pero ¿qué clase de trabajo de tasación? Llevas meses sin hacer nada de eso. Y qué clase de trabajo de tasación se hace por la noche, ¿eh? Me he tomado tantas molestias... —Su voz iba subiendo de tono.

—Es la liquidación de una casa —la interrumpió—. Un trabajo en Green Lanes que les corre prisa. Hay que ponerle precio a un montón de cosas. No había nadie más que pudiese hacerlo así, avisando con poco tiempo, así que me han llamado a mí. —Mientras hablaba se le iba frunciendo la boca—. Me puede venir muy bien, Ver —insistió.

—¿Green Lanes?

—Sí.

—Pero... Es que me he tomado tantas molestias... Yo no puedo... —Pareció ablandarse—. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué no me has llamado?

—Es que de todas formas quería verte.

—Bueno, vale, muy bien, sí, pero ¿por qué no me has llamado en cuanto te has enterado? No me habría molestado...

—Perdona, Ver. —No la estaba mirando; estaba mirando el horno, que refulgía y humeaba como una candela.

—Es que ahora no puedo coger y ponerte tu plato y listo.

—Perdona.

—No sé si me vale con ese «perdona».

Una ola de culpabilidad al ver las tribulaciones de su hermana y, aun así, aumentarlas aposta:

—Ver, he recibido otra carta.

Había estado todo el rato con los brazos en jarras pero ahora dio un paso al frente como para volver a coger a Max; no obstante, se detuvo:

—Oh, no —dijo—. ¿En serio? ¿De ella? —«Ella»: véase la madre de la chica, la hija de la señora Larkin.

—A no ser que alguien más haya decidido unirse a la causa. En plan una cadena de mensajes de odio o algo así.

Ignoró su comentario.

—Se la vas a llevar a la policía. Una vez, vale, un arrebato tonto e ingenuo de ira, pero dos veces... —Ya no quedaba ni rastro de la Verity aturullada. En su lugar, una especie de furia de cocina de la Inglaterra central, enjugándose las manos con rabia en un paño.

—No, Verity. —Sacudió la cabeza con tristeza.

—Te lo estoy advirtiendo... ¿Qué ponía?

—Más de lo mismo.

—Sí, pero ¿qué exactamente?

—Mira, no quiero entrar en detalles escabrosos.

—¿Qué has hecho con ella? Tienes que llevársela a la policía.

—Pues no puedo. La he roto.

Soltó un bufido:

—No, Max, lo siento pero tienes que ir a la policía. Y les dices que esa mujer te está acosando, porque eso es lo que es, un acoso en toda regla. —En sus mejillas se manifestaba el enfado—. Y no solo eso. —Hizo un gesto con las manos a lo *mamma* italiana—. Es que además ni siquiera tienes culpa de nada, por el amor de Dios. Fue su asquerosa hija la que lo lió todo, esa vaca enana y estúpida. —Puso una mano sobre la encimera, sus hombros se derrumbaron.

—Pues es evidente que ella sí cree que hice algo.

—Claro, porque la han atiborrado a mentiras. Y no te quepa ni la menor duda de que el hecho de que tú te quedes ahí sen-

tado aceptando el acoso sin más le hace creer que tiene toda la razón. Y precisamente por eso tienes que informar de todo esto.

Hablaba del tema como si fuese una riña de patio de colegio, una en la que las madres se han involucrado y que ha generado animadversión entre familias. Nada de mayor importancia, y no una acusación que había mandado a Max a la cárcel: lo había mandado a la cárcel y peor todavía. No es un mal brote de gripe y ya está, quería decirle. No es una cuestión de superarlo y mover ficha, como si no estuviesen esas tinieblas ocupando mi cerebro, empujando cada día más y más. Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

—No quiero ir a la policía —dijo por fin—. No puedo.

22

Se volvió hacia él de nuevo:

—¿Por qué no? —Los ojos de ella parecían arder en los suyos, por mucho que él apartase la mirada y se negase a responder a la pregunta.

Arrastró una silla y se sentó frente a él, inclinada hacia delante para poder mirarle a los ojos.

—Max, eres inocente, y tienes que ir a la policía por una razón: porque alguien culpable no iría. Pero tú tienes que hacerlo...

—Sus ojos eran dulces e implorantes—. Porque eres inocente. Mé-tetelo en la cabeza. Porque ¿sabes lo que estás haciendo ahora mismo? Estás echando tu vida a perder por culpa de un sentimiento equivocado de culpabilidad. Es tan estúpido, tan egoísta, tan autodestructivo como todo lo que hacía mamá. Te estás destruyendo por algo que ni siquiera has hecho.

De pronto la puerta de la entrada se abrió de golpe y volvió a cerrarse, y Verity apenas tuvo tiempo de ver con incredulidad cómo Roger irrumpía en la cocina.

—Se me han olvidado las puñeteras preguntas del concurso —estaba diciendo mientras tiraba el maletín sobre la encimera hasta que vio a Max en la mesa—. Vaya.

Max, sentado, le dedicó una leve sonrisa. Roger, de pie, le devolvió la leve sonrisa.

—Buenas, Max —dijo Roger arrastrando la voz—. No contaba con verte por aquí. Creía que te esperábamos para más tarde.

—Miró con ojos acusadores a Verity en busca de corroboración. Esta posó su mirada en el techo a modo de respuesta. En plan «A mí no me preguntes».

—Bueno, a nadie le gusta ser previsible —respondió Max, todavía sonriendo.

—A ti desde luego que no.

—Exacto. Esas cosas te las dejamos a ti.

Roger se dirigió a su mujer:

—Pues bien, como era previsible, me he dejado las preguntas del concurso en casa. —Y a Max—: Seguro que Verity ya te habrá contado que esta noche no voy a estar por aquí. Me ha tocado a mí presentar el concurso de música. Se me olvidó por completo. Lo siento.

Max ni parpadeó. Sentía los ojos de Verity sobre él.

—¿Seguro que no puedes venir más tarde, Max? —le preguntó con suavidad—. Tantas molestias...

—Perdóname, Ver —dijo—. Tengo que hacer ese trabajo.

—¿Trabajo? —inquirió Roger—. Entonces tienes que ir. Por cierto, Verity me ha contado que los vecinos de arriba te están dando problemas. Que no paran de hacer ruido y no te dejan dormir y eso.

—Así es —Max odiaba reconocerlo.

—Es lo que pasa cuando uno tiene gente viviendo encima, siempre se corre un riesgo, ¿verdad? Bueno, y a ver, ¿dónde se han metido las malditas preguntas? —Y salió de la habitación.

Verity se quedó donde estaba. Sus ojos revolotearon hacia la entrada. A través de un hueco Max pudo ver a Roger, que le hacía furiosas señas a Verity desde el otro cuarto. Los ojos de esta volvieron a Max:

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Desde donde estaba, fuera de la cocina, Roger, frustrado, hizo un patético intento de estirar la voz, haciendo como que estaba en otra parte de la casa.

—Veriiityyy, no sabrás tú por algún casual dónde están las preguntas, ¿no? —Max podía verlo perfectamente a través del hueco: de espaldas y tapándose la boca con una mano—. ¿No podrás echarme una mano por casualidad...? —Dejó que la última palabra sonase ahogada.

—Mejor que vayas, Ver —le dijo Max señalando la puerta con la mirada.

Verity suspiró.

—Ni siquiera te has tomado un té —dijo—. ¿Por qué no te preparas uno mientras voy a ayudar a Roger?

24 Salió y Max volvió a mirar hacia la puerta, donde ya no estaba Roger. Se los imaginó a ambos en otro cuarto; él friéndola a preguntas: «¿Qué hace aquí el quinqui?». Recordándole lo afortunada que era; lo tolerante que había sido él.

Max se levantó y fue a por la tetera, que era plateada y brillante y humeaba hacendosamente sobre su soporte, sin hervir ya. Cogió una de las tazas que había colgadas de unos ganchos, cogió una bolsita de té de un tarro de cristal con la tapa de corcho y se sirvió, luego añadió un chorro de leche de la nevera. En busca de una cucharilla, abrió un cajón lleno de papelajos, y a punto estaba de cerrarlo cuando algo le llamó la atención: una carpeta de plástico. Lo típico que alguien como Roger usaría para mantener sus preguntas en perfecto estado. El encabezado: «La noche del Quiz», y la fecha. Max inspeccionó la puerta de la cocina, sacó la carpeta, la enrolló rápidamente y se la metió en el bolsillo del chaquetón.

Se oyó un ruido en las escaleras. Cerró el cajón y volvió a la silla con el té en la mano, para cuando entraron Roger y Verity ya se había instalado. Roger estaba diciendo en plan teatrero: «Claro, el cajón de la cocina», y lo abrió de un tirón para descubrir que las preguntas ya no estaban allí, habían desaparecido por arte de magia.

—Vaya. —Se volvió hacia Verity—. Aquí no están. ¿Tú las has cambiado de sitio?

—No —respondió. Miró de reojo a Max. Sus ojos vieron que Max tenía la taza de té en las yemas de los dedos—. ¿Estás seguro de que las dejaste ahí?

—Bueno..., una vez que he recordado que estaban ahí, yo diría que creía que fijo que estaban ahí, sí. —También él miró de reojo a Max, sentado allí con cara de no haber matado nunca una mosca.

—¿Qué? ¿Más preguntas sobre REM y eso, Roger? —preguntó Max, que no permitiría nunca que Roger se olvidase de cuando había creído que REM eran las siglas inglesas de Movimiento Rápido de Orejas, en vez de «Ojos».

—No, esta noche nada de preguntas sobre REM —respondió Roger, sucinto—. Bueno, pues nada, tendré que imprimirlas otra vez, ¿no es eso? —Y volvió a irse por las escaleras hasta su despacho, donde encendería de mala gana el ordenador y se comería la cabeza: negros pensamientos sobre Max mientras esperaba a que se iniciase el ordenador.

Hubo un tiempo en que ambos pactaron una tregua. Pero lo cierto era que Max nunca fue del estilo de Roger. Roger era del estilo «sentar la cabeza-casarse-contratar una póliza de seguros». Max no. Aunque era un hombre que había creado su propio negocio, Roger lo veía como una especie de bohemio. Cuando Max le entregó a Verity en matrimonio, su flamante marido aprovechó el discurso del novio para pedir a cualquier mujer disponible en la casa que hiciese de Max un hombre de provecho: «Arrancadlo de las manos de su hermana. —Mirada cariñosa a Verity—. Me temo que las va a tener muy ocupadas cuidando de mí», pausa para risas.

«Tu padre habría estado tan contento hoy...», comentó su madre aquel día, con la voz pastosa. No, pensó Max en aquel momento. No lo habría estado. Habría hecho todo lo posible, pero no, él se habría quedado mirando a Roger y pensando: «Borrachín». Su madre debería haber pensado lo mismo de él; debería. No es que ella se hubiese matado a base de beber para evitar reuniones familiares con Roger, pero bueno, no hay mal que...

Aun así, en cierto momento Roger debió de pensar que Max era un bala perdida, un ciudadano irresponsable, pero no de la peor calaña, así que hizo un esfuerzo. Y Max otro tanto. Claro,

que hoy por hoy apenas quedaba el almacén del civismo. Max sabía que solo lo admitían en casa de su hermana por una razón: porque era la prueba viviente de que Roger no se había equivocado con él. «Mira en lo que se ha metido tu hermano. Tu madre tenía ya un pie en la tumba, pero no creo que algo así le haya sido de mucha ayuda». Y las visitas de Max significaban que Roger podía demostrar que llevaba la razón permanentemente. Max se había convertido en la vara con la que solía golpear a Verity. Era su vergüenza.

—¿Y cómo está Roger? —preguntó Max con, esperaba, suficiente sorna.

26

—Pues ya lo ves, está bien —respondió Verity.

—¿Y el trabajo bien?

—No te molestes, Max. Y tampoco intentes cambiar de tema. —Ahora que Roger se había ido, quería retomar la charla—. Las cartas. Es acoso, Max, eso es lo que es. Y por eso tienes que dar parte. Te está acosando. Por favor... —Intentó otra táctica—: Por favor, informa sobre ella, solo eso, no dejes que quede impune. Porque tú sabes muy bien que cuanto más dure esto, cuanto más tiempo pases sin hacer nada, más fundamentos va a creer tener. Pensará que tiene razón. Y no la tiene, ¿verdad que no?

—No.

—Pues ¿entonces...?

—No voy a ir a la policía.

Frustrada, levantó las manos en el aire.

—Muy bien, pues entonces seguirás castigándote sin razón. Yo lo siento mucho pero no puedo ayudarte. Vive en tu infierno particular si eso es lo que quieres. Pero no esperes que vaya detrás de ti. Allá tú y tu autoflagelación.

Max se levantó:

—Es mejor que me vaya. Tengo que llegar a la hora.

—Todavía te da tiempo a cenar.

—Tengo que trabajar. Tú eres la que siempre me está diciendo que tengo que hacer algo en la vida. «Despierta. Vuelve a lo de los muebles». Pues eso es lo que intento.

—Mientras sea verdad —dudó ella, y al acompañarlo hasta la puerta en sus labios fruncidos había un gesto de desconfianza. Se quedaron allí un momento, ella escrutaba sus ojos, ambos desconsolados—. Bueno, pues buena suerte —dijo por fin—, en Blackstock Road.

—Gracias —respondió, y la puerta ya se estaba cerrando tras él cuando recordó que la casa de la liquidación estaba en Green Lanes.